

Nabopolasar, rey de Babilonia, viendo que con la toma de Charcamis se habian separado de su obediencia la Siria y la Palestina, y no permitiéndole su edad avanzada ni sus achaques ponerse en campaña para reducir á los rebeldes, asoció á su imperio á su hijo Nabucodonosor, y le envió con un ejército á aquellas partes. Este príncipe desbarató en las cercanías del Eufrates al de Nechao, recobró á Charcamis, hizo volver á su obediencia las provincias rebeladas, como lo habia profetizado Jeremías; y ganó en esta expedicion á los egipcios todo lo que poseian, desde lo que llamaban el Arroyo de Egipto hasta el Eufrates, que comprende toda la Siria y la Palestina.

Nechao murió despues de haber reinado 16 años, y dejó el reino á su hijo.

Apries.--Apries, que la Escritura Sagrada llama Pharaon Ephreé, ú Ophra, sucedió á su padre Psamnis, y reinó 25 años, habiendo sido en los principios tan feliz como ninguno de sus antecesores. Hizo una expedicion á la isla de Chipre, atacó por mar y tierra la ciudad de Sidon, la tomó, y sucesivamente se apoderó de toda la Fenicia, y de la Palestina.

Unos sucesos tan rápidos lo envanecieron extraordinariamente, y dice de él Herodoto, que se habia ensoberbecido de manera, y que estaba tan fatuamente encaprichado de su grandeza, que se alababa, imaginando que no habia cosa mas sólida que su poder, que ni aun los dioses podrian quitarle la corona; por cuyo modo de pensar el profeta Ezequiel le pone en la boca es-

tas palabras llenas de una vanidad loca é impía. *El río es mio, y yo soy el que lo he hecho.* El verdadero Dios le hizo conocer bien presto que no era mas que un hombre infeliz; y ya mucho ántes habia declarado por sus profetas el modo con que tenia resuelto castigar su soberbia.

A poco tiempo de haber este príncipe entrado á reinar, Sedecías, rey de Judá, le envió embajadores, hizo con él alianza; y el año siguiente, quebrantando el juramento de fidelidad que habia hecho al rey de Babilonia se reveló declaradamente contra él.

Dios habia mandado á su pueblo, que no recurriese á Egipto en sus calamidades, y que pusiese toda la confianza en su omnipotencia; pero sin embargo de esto, y de las experiencias que tenian los israelitas de lo inútiles que les eran los esfuerzos de los egipcios, y que últimamente lo habian tocado en el tiempo del rey Ezequías, siempre les parecia que aquel reino era un recurso seguro en sus peligros, por lo que hicieron en esta ocasion lo propio, sin embargo de las amonestaciones y amenazas del profeta Jeremías, y recurrieron á Ophra, que hinchado con los felices sucesos de sus armas, y discurriendo que no habria quien le resistiese, se declaró el protector de Israel, y le prometió librarle de la sujecion de Nabucodonosor; por lo que Dios irritado de que un mortal se atreviese á querer ocupar su lugar, hizo declarar por su profeta el castigo que enviaba á Egipto, y á su rey, y las calamidades, muertes, y otros males que padecerian aquellos pueblos.

Muy distante estaba Sedecías de dar crédito á estas profecías, porque cuando vió que el ejército del rey de Egipto se acercaba, y que Nabucodonosor levantaba el sitio que tenia puesto á Jerusalem, creyéndose libre triunfaba de gusto; pero su alegría duró poco, porque los egipcios al acercarse los caldeos, no se atrevieron á acometer á un ejército tan numeroso, disciplinado y experto, como el de Nabucodonosor; y así, habiendo vuelto la espalda, y retirándose, dejaron al rey de Judá en medio de los peligros de la guerra en que ellos mismos le habian metido; y Nabucodonosor, libre del recelo que le causaron los egipcios, volvió á poner sitio á Jerusalem, y la tomó y quemó, como lo habia profetizado Jeremías.

Algunos años despues empezó Apries á experimentar los castigos con que Dios le habia amenazado, porque los Cireneos, que era una colonia de griegos que se habia establecido en Africa entre el Egipto y la Libia, habiendo tomado y dividido entre sí una gran parte de este reino, obligaron á los libios, despojados de su patria, á recurrir á aquel príncipe que envió contra los Cireneos un ejército poderoso; pero habiendo sido enteramente desbaratado, y quedado muertos casi todos los soldados, los egipcios se persuadieron, á que el fin de su soberano en haber enviado el ejército á la Libia, habia sido para hacerle perecer y reinar despues con mas despotismo, por lo que se rebelaron contra él. Apries, para apaciguar la rebelion, envió á uno de los oficiales principales de sus tropas, llamado Amasis, á

quien á su llegada proclamaron rey los rebeldes, poniéndole un morrion en la cabeza en señal de que le daban la corona; y habiéndola él aceptado, fomentó la rebelion.

Colérico Apries con la noticia, envió á Peterbémis, otro de sus oficiales, y uno de los señores principales de su corte, con orden de prender á Amasis, y de llevarle á su presencia; pero no habiendo podido ejecutarlo, porque halló á Amasis rodeado del ejército de los rebeldes, experimentó á su vuelta los efectos de la cólera del rey, que sin hacerse cargo de que no habia sido culpa suya, sino defecto de poder, el no haber cumplido con su orden, le hizo cortar las narices y las orejas. Una ofensa tan sangrienta, hecha á un hombre de su calidad, irritó tanto á los egipcios, que la mayor parte lo abandonaron; y agregándose á los levantados, se hizo general la rebelion, de tal suerte, que Apries tuvo que refugiarse al Egipto Alto, en donde se mantuvo algunos años, y su competidor ocupó todas las demas partes de sus estados.

Nabucodonosor, noticioso de esta rebelion, no quiso malograr ocasion tan favorable para acometer á aquel reino, y fué Dios quien le inspiró este designio, porque este príncipe, sin saberlo, era el instrumento de que se valia su mano poderosa contra los pueblos á quienes queria castigar. El ejército babilonio acababa de tomar á Tiro, en cuyo sitio él y sus soldados habian padecido fatigas increíbles, por lo que Dios para recompensarlos les abandonó el Egipto, como lo tenia

expresamente declarado por boca de los profetas Ezequías y Jeremías, añadiendo por la de este último, que los babilonios entrarían en aquel reino, se harían dueños de todo, y cargarían con sus despojos y riquezas con la misma facilidad que un pastor carga su capa al hombro y se va. Palabras memorables que denotan con cuánta facilidad, en siendo la voluntad de Dios, todo el poder y riquezas de un estado pasan á otro dueño.

Entró Nabucodonosor en Egipto al frente de su ejército, y subyugó desde Migdol, ó Magdole, que está á la entrada de aquel reino hasta Siena, que se hall al extremo opuesto hácia las fronteras de Ethiopia, destruyendo y matando cuanto encontraba, de suerte que puso aquella tierra en tal desolacion, que no se pudo restablecer en cuarenta años; despues de lo cual teniéndola ya sujeta, hizo paz con Amasis, lo dejó en calidad de su virey, y se volvió con su ejército á Babilonia cargado de despojos.

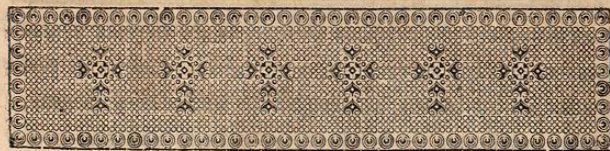
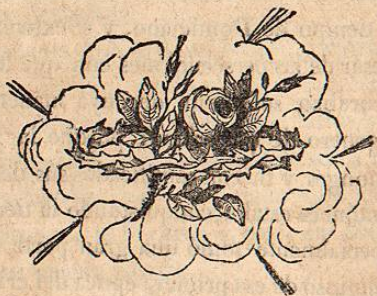
Salió entónces Apries de su retiro, y marchando hácia las costas del mar, por la parte, al parecer, de la Libia, tomó á su sueldo un ejército de carios y de jonios, y otros extranjeros, con los cuales buscó á Amasis y le presentó la batalla; pero habiendo sido derrotado y hecho prisionero, lo llevaron á Sais, en donde lo ahogaron en su propio palacio.

Todas las circunstancias de este suceso las habia anunciado Dios por sus profetas, y fué quien quebrantó las fuerzas y poder de Apries en el principio tan formidables, poniendo en manos de Nabucodonosor la es-

pada, para humillar y castigar su soberbia. En las profecías está expreso el fin desgraciado de aquel príncipe, nombradas las plazas que tomara el babilonio, y las calamidades que padecería Egipto en el espacio de cuarenta años, quedando aquella tierra en tan infeliz estado, y tan sujeta, que nunca volvería á mandarla príncipe alguno de la nacion. Todo se verificó al pié de la letra, porque cumplidos los cuarenta años, quedó reducida á provincia de los persas, y despues, siempre ha estado gobernado por extranjeros, porque luego que pereció el imperio persa, quedaron los egipcios sujetos á los macedonios, y sucesivamente á los romanos, á los sarracenos, á los mamelucos, y en fin, á los turcos, que al presente dominan aquel reino.

En tiempo de la dominacion romana, presentó Egipto el teatro de sangrientas sediciones. Fué conquistado por Zenobia, reina de Palmira. El cristianismo se introdujo en tiempo de Domiciano, y se extendió grandemente á pesar de las persecuciones con que los emperadores procuraban sofocarlo, de cuya manera adquirió un nuevo género de celebridad; porque la Tebaida se pobló de monges y fueron santificados sus desiertos por la fé que entónces estaba conquistando la tierra. Alejandría especialmente tomó una gran parte en el movimiento religioso de esa primera época del cristianismo. El herege Arrio era de esta ciudad, y su infatigable adversario S. Atanasio era el patriarca, y no es de olvidarse que en Alejandría se refugió la iglesia cristiana cuando algunos emperadores griegos protegieron en públi-

co ó en secreto el arrianismo. Permaneció el Egipto bajo la dominacion de Bizancio hasta que el califa Omar se apoderó del pais, en el que se mantuvo la autoridad de sus sucesores; pero hácia el año de 1171 estableció el famoso Saladino el imperio de los mamelucos. Los descendientes de este príncipe tuvieron reinados gloriosos, y aun extendieron los límites del imperio, hasta que por fin recibió la ley de Selim emperador de los turcos, bajo cuya dominacion se ha conservado por medio de los bajás. En tiempo de las cruzadas de Palestina, tuvo tambien el Egipto motivo de mezclarse en aquellas campañas; pero solo hablaremos de la de S. Luis rey de Francia.



CAPÍTULO XIII.

DESEMBARCO DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN EGIPTO.

Los primeros objetos que se presentaron á la armada francesa al acercarse á tierra, fueron dos grandes ejércitos; uno, con multitud de navíos y galeras, defendia la embocadura del Nilo, y el otro cubria la ribera del mar para oponerse al desembarco, que sin embargo resolvió efectuar el rey S. Luis. La mayor parte de los caballeros y soldados se traspordaron de las naves á las barcas planas y chalupas. La bandera de S. Dionisio, ó la oriflama estaba enarbolada en el buque que precedia á todos los que acompañaban al rey. Hecha la señal, todo se puso en movimiento, y los arqueros y ba-